



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 8.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 19 Febrero 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Gerónimo Flores.
—Ingratitud, por Doña Victorina Ferrer y Salda-
ña. —Manguetas y depósitos para el embarque del
guano. —Ciudad de Melbourne, capital de Victo-
ria, colonia inglesa en la Australia. —La madre,
por D. Enrique de Villarroya. —El poeta, (poesía)
por D. Baltasar Martínez Durán. —Felicidad do-
méstica, por D. Antonio de Trueba, (continua-
cion). —Teatro á bordo.

Láminas. Manguetas y depósitos para el
embarque del guano. —Ciudad de Melbourne,
capital de Victoria, colonia inglesa en la Austra-
lia. —Teatro á bordo.

CRÓNICA DE TEATROS.

En el sistema de equitativas compen-
saciones con que la Providencia nos
brinda diariamente, encontramos los
mas gratos placeres en las funciones
teatrales que se egecutan para soláz de los
que durante el día están en sus cotidianas
tareas.

Demos una ojeada por los teatros de la
corte y provincias y veamos las escasas no-
vedades que se han puesto en escena durante
la quincena.

El jueves de la semana pasada se puso en

escena en el teatro de Jovellanos la zarzuela
en dos actos *Punto y aparte*. El público hizo
repetir algunas de sus escenas. La letra es
del Sr. Larra, y la música del Sr. Roger.
Todos los actores desempeñaron perfectamente
sus respectivos papeles.

En el teatro del Circo ha continuado
siendo objeto á la predileccion del público la
graciosa *Revista de 1864 y 65*. Todas las
noches se veía lleno el teatro de la plaza del
Rey, pero las últimas noticias son de que su
autor la retiró del teatro, para lo cual dice
ha tenido razones de dignidad y decoro.

Hoy sabemos se han arreglado las desave-
nencias producidas entre el autor y el empre-
sario.

El lunes se puso en escena en el teatro
del Príncipe la linda comedia del inolvidable
Lope de Vega, titulada *La esclava de su galán*.
Matilde, joya inestimable, única que nos
queda del teatro antiguo, interpretó su papel
de una manera prodigiosa, siendo aplaudida
con entusiasmo por la numerosa concurrencia
que llenaba todas las localidades del mencio-
nado coliseo. Catalina y Fernandez contribu-
yeron á su buen éxito con el acierto que acos-
tumbran, dejando altamente satisfecho al pú-
blico que prefiere sin duda alguna estas
comedias á las traducciones de zurcidores de
oficio que invaden hoy por desgracia nuestro
teatro español.

En el teatro del Príncipe se está ensa-
yando, y se egecutará á la mayor brevedad,
la comedia original en tres actos titulada *Ma-
ñana*.

El sábado se estrenó en Jovellanos una

zarzuela en un acto titulada *La perdicion de
los hombres*. El público celebró algunos chis-
tes; pero al terminar se dividieron los pare-
ceres, y al paso que una parte del público
llamaba al autor, la otra se oponia á que sa-
liera; pero este tuvo la modestia de no revelar
su nombre.

En cámbio la censura ha dado su apro-
bacion á multitud de obras dramáticas cuyos
estrenos esperamos para juzgar de su mérito.

Para el teatro del Príncipe se ha presen-
tado un juguete cómico en un acto titulado
A caza del premio grande.

Tambien se ha presentado por la sociedad
Lope de Vega, otra piececita en un acto con
el título de *El corazon español*.

Ha sido aprobada por la censura una pieza
en un acto titulada *Capellan de monjas*.

Lo ha sido tambien en un acto, con des-
tino al teatro de Variedades, *La vida no es un
soplo*.

Igualmente lo ha sido *Dos bodas por un
balazo*, juguete cómico en un acto; una co-
media en un acto y en verso, con el título de
Sombra de Nino; una zarzuela en dos actos
en verso, y original, segun hemos oido, del
Sr. Gutierrez Alba, titulada *Maese Gorgorito*,
y otra en un acto, letra de D. Ramon de
Navarrete y Landa, titulada *Amor y geografia*.

Dentro de breves dias se presentará á uno
de los teatros de la corte una zarzuela en
tres actos titulada *Gabriel el criollo*, letra de
D. Rafael Jover y música de D. José Jordá,
jóven muy apreciado en Alcoy por sus vastos
conocimientos musicales.

Se habla favorablemente en los círculos

literarios de una producción dramática en un acto, del aventajado escritor D. Ildefonso Bermejo, titulada *La gallina ciega*. Esta píccita parece que abunda en situaciones estremadamente cómicas, y revela los conocimientos literarios que distinguen á su reputado autor.

El ministerio infernal.—Con este título ha escrito una zarzuela de magia en cuatro actos y en verso y prosa el joven valenciano D. Federico Albert y Alonso. Parece que se ha enviado ya á Madrid para su aprobación por la censura de teatros.

Dice un colega que dos escritores, uno poeta festivo y el otro autor dramático, han hilvanado en pocas horas un pasillo de mucha oportunidad y gracia, que será rival de la *Revista*, que se está representando en el teatro del Circo. Nada se sabe aun acerca del asunto y del título de la nueva obra.

Se habla muy favorablemente de un drama fantástico en tres actos y en verso, de un autor anónimo, titulado *Fausto*, cuyas representaciones empezarán muy en breve en uno de los principales teatros de Madrid. Si, como se dice, la obra está basada en la poesía alemana del mismo nombre, y su autor ha sabido sacar partido de aquella perla literaria, auguramos los mejores resultados á la empresa y al autor de la obra por la oportunidad de su estreno.

En Zaragoza es esperada la compañía de ópera que tanta aceptación ha tenido en Alicante.

Los nombres de las señoras Jullienne D' Jean, Sonieri, Tamburini, y Ferlotti, y el de los señores Irfre, Ciarlini, Prattico, Crotti, Rodas, Meniu, Ferlotti y Morelli, son una favorable recomendación y estamos seguros que los zaragozanos no podrán menos de tributar los aplausos que merece la Jullienne en *Poliuto*, *Favorita*, y *Martha*, la Tamburini, en *Lucia*, *Rigoletto* y *D. Pascuale*, Irfre, en el *Trovador*, *Rigoletto* y *Aroldo*, Prattico, en *D. Pascuale*, el *Barbero* y *Martha*, y Rodas, en *Linda*.

Nuestro corresponsal de Valladolid, nos dice lo siguiente:

El domingo tuvo lugar en el teatro de *Calderon de la Barca* el beneficio de la actriz señorita Guizarro, habiéndose puesto en escena la comedia en dos actos *El Pilluelo de Paris*, en la que el Sr. Arjona (D. Joaquin) desempeñó el papel de *General*, con esa verdad que solo está al alcance de grandes artistas; también la beneficiada mereció repetidos y justos aplausos en el papel de *José*, en el que demostró gran intención y oportuna travesura, como asimismo en el difícil papel de *Anita* de la pieza *No mas muchachos* con que terminó la función. Al final de ambas producciones, el público llamó á la escena á todos los actores, habiendo quedado completamente satisfecho de la elección de las obras y de su buen desempeño.

En Badajóz están recibiendo los mayores aplausos la señora Pastor y los Sres. Gonzalez y Alfonseca.

En nuestros teatros hemos visto el beneficio de la señora Passarini, tan querida del público valenciano.

Se puso en escena la ópera de Donizetti *Lucia di Lammermoor*.

La beneficiada, digna por todos conceptos de las justas simpatías de que goza y la primera sin duda que ha llenado completamente las exigencias del público, sin contar las notabilidades que por un corto número de representaciones hemos oído, recibió los mas nutridos aplausos, logrando una verdadera ovación al fin del rondó del tercer acto, viendo con la mas completa satisfacción multitud de ramos y coronas arrojadas á sus pies.

El Sr. Diestro, que tanto esmero pone en satisfacer las interminables exigencias del público, no dudamos ajustará á la señora Passarini para otro año.

De los señores Pavani y Fávvaro escusamos hablar; en cuantas óperas toman parte estos notables artistas, son recibidos del público con extraordinario júbilo, pues ambos interpretan sus papeles admirablemente.

En la Princesa se ha puesto en escena las zarzuelas *El Marqués de Caravaca*, *La isla de San Balandran*, y el estreno de una pieza bilingüe titulada, *Deu els cria y ells s'achunten* á beneficio del tenor cómico Sr. Tormo.

La concurrencia fue numerosa y el beneficiado consiguió entretener al público agradablemente.

Adriana de Leconvreur, del célebre Scribe, arreglado á nuestra escena por el Excelentísimo Sr. D. Ventura de la Vega, fue el drama elegido por la señora Liron.

La beneficiada recibió los honores de ser llamada á la escena al finalizar el último acto.

De la ejecución vale mas guardar un prudente silencio.

Obras como la *Adriana* no son para compañías de verso en las que no descuella mas que el primer actor Sr. Mata.

Si no hay unidad en la ejecución, la obra precisamente ha de fracasar.

El Sr. Campoamor ha tenido el feliz pensamiento de elegir para la noche de su beneficio la representación de la *Revista de 1864 y 1865*.

Esta tuvo efecto el jueves en el teatro de la Princesa, con un lleno completo.

El beneficiado se hizo aplaudir como siempre, pues tiene un tacto especial en caracterizar admirablemente muchos papeles.

El público aplaudió estrepitosamente, y se alegró la gente al oír el *Himno de Riego* que se repitió tres veces.

El Sr. Campoamor debe haber conseguido un buen beneficio.

El Liceo Valenciano, deseoso de corresponder á la acogida que ha merecido del público, ha inaugurado sus funciones dramáticas en el teatrillo que ha construido con el drama *Jugar por tabla*, y la pieza en un acto *Un par de alhajas*.

Las señoritas Doña Carmen Coronel, Doña Rosa Sancho, y los señores de Marcial, Gonzalez, Bellmont, Ballester, Balader, Borgoños y Manchon, dieron á la escena toda la propiedad apetecible, complaciendo al público y recibiendo los mas nutridos aplausos.

El Sr. Bellmont posee para la escena las mejores dotes, pudiendo asegurar que con estudio y adquiriendo alguna costumbre, llegará á ser un buen actor, pues así nos lo ha hecho ver la noche indicada.

No queremos terminar nuestra Revista sin llamar la atención de nuestros colegas de la capital sobre la costumbre de las presidencias en nuestros teatros, costumbre que debía abolirse por el público y por los actores.

La repetición de algunas escenas como la que tuvo lugar noches pasadas en el teatro Principal con el Sr. Carbonell, puede dar lugar á serios altercados.

El derecho de pedir la repetición, es del dominio único del público, y de los actores acceder ó no.

En los teatros de la corte hay un sitio destinado á los inspectores de policía, y estos son los únicos responsables de hacer cumplir lo que las ordenanzas previenen, pero sujetar á todo un público y á los actores, á la voluntad de una sola persona, es impropio é impropcedente.

GERONIMO FLORES.

INGRATITUD.

I.

Es un ameno y poético valle: frondosos árboles le dan sombra; multitud de arroyuelos serpentean al través del verde musgo y matizadas flores.

Las auras al cruzar por la enramada, dejan sentir vagos y melancólicos sonidos que llenan el alma de encantadora delicia.

El ruiseñor y mil pintadas avecillas, batiendo alegres sus alas, cantan en el verde ramaje la venida de la aurora, y cuando el sol envuelto entre celages de oro y grana se hunde en las colinas de occidente, entonan tristes endechas de despedida.

El aire es tibio, dulce y perfumado.

Todo respira encanto y voluptuosidad.

II.

En ese sitio encantador, en ese eden crecían dos plantas; una de ellas esbelta, gallarda, con rectos y vigorosos tallos, grandes y bellas hojas de un verde claro y magníficas flores color de oro, envidia de sus compañeras por su airoso continente y deslumbrante matiz. Se llamaba Girasol.

La otra, tímida, modesta, de menudas hojas y pequeñas flores de un color bellísimo de aurora, vagas y vaporosas como el primer suspiro de un niño, y que por su sencillez representaba el candor, y era tan bella cual un ensueño de amores. Su nombre encerraba el misterio de su vida. Se llamaba Sensitiva.

Estas dos plantas se amaban.

El canto de las aves, las caricias de las vaporosas brisas, el murmullo de los bullidores arroyuelos, el suspirar de las auras, todo, todo lo desdeñaba Girasol por una sola mirada llena del dulce perfume de inocencia y candor de Sensitiva.

Esta había resistido largo tiempo á los halagos y amorosas quejas de Girasol, pero al fin le amó con un amor tímido y pudoroso.

III.

Una noche, una de las noches tranquilas, serenas y encantadoras de primavera, en que solo se oyen esos rumores vagos y confusos que llenan el alma de encanto y que no se pueden definir, en que la plateada luna derramaba su tibia luz sobre las aguas y los árboles, al través de los cuales pasaban sus argentados rayos y bañaban los cálizos de las flores, las dos plantas amantes se contemplaban y adivinaban mil ternezas en los suspiros que huían en alas del céfiro.

Girasol, mecido blandamente por las auras, se inclinaba murmurando una súplica y una queja.

Sensitiva, al retirarse ruborosa huyendo de las caricias de su amante, sentía palpar su corazón de amor y placer, y exhalaba embriagantes perfumes que embalsamaban el ambiente.

De pronto oyó un suspiro parecido á una queja. En este suspiro se adivinaba angustia y dolor profundo.

Sensitiva, cariñosa, tierna y sensible, inclinó su cabeza para saber de dónde había salido aquel suspiro, y descubrió á su lado una diminuta semilla bañada en llanto.

—¿Por qué lloras? preguntó la flor sintiendo también deslizarse por sus pétalos algunas gotas de rocío.

—¡Ay de mí, contestó la semilla, soy infeliz y desgraciada!

—¿Quién causa tus males? ¿cuál es tu desgracia? le dijo con interés la flor.

—Escuchad. Vivía en el seno de mi madre, rodeada de mis hermanas, felices y llenas de dulce esperanza, próximas á lanzarnos á la tierra y renacer bellas plantas, y producir olorosas flores, cuando ¡temblo al recordarlo! el cielo se cubre de negras nubes, brama el huracán y la tempestad se desencadena sobre nuestras cabezas: el vendabal troncha y arranca á nuestra madre que entre arremolinados torbellinos es arrebatada, y mis hermanas y yo separadas y dispersas.

Al otro día me encontré sola y abandonada en la cima de una roca.

Grité; nadie respondía á mis gritos, nadie se apiadaba de mi llanto. Al fin un ruiseñor que trinaba en la espesura oyó mis quejas y se compadeció de mi pena. Ven, me dijo, conozco á una flor emblema del cariño, á ella te llevaré. Me cogió con su pico y me dejó donde me veis; pero sin vuestra mano bienhechora voy á quedar espuesta á los rigores del sol, sin un puñado de tierra que me fertilice, y á merced de los vientos que me secarán y moriré.

—Nada temas, exclamó Sensitiva al escuchar el triste relato de la infeliz semilla; acércate á mí, ponte al abrigo de mi tallo, te cubriré con mis ramas y cederé las gotas de rocío que Aurora me prodiga, para que te bañen y fertilicen, y seas mi compañera, mi hermana. ¿Cómo te llamas?

—Ortiga, contestó la pequeña semilla y dejó de llorar dando una mirada enredada admirada de la amenidad del sitio y llena de placer al considerar la ventura y dicha que Sensitiva le proporcionaba.

Todo quedó en silencio y tranquila calma.

Empezaba á despuntar el día. Aurora y Flora desplegando sus blancas y rosadas alas, recorrían los valles bañando de transparentes perlas de rocío los campos, el verde follaje y las corolas de las flores, que despertaban de su letargo, perfumando con su aroma á las frescas brisas.

Las aves cantando en la espesura, dedicaban sus alegres trinos á Sensitiva por los tiernos sentimientos de su alma; las fuentes murmuraban dulcemente el nombre de la flor sensible y cariñosa, y hasta el susurro de las hojas de los árboles y de las plantas, se asemejaba á los lejanos ecos de una celeste armonía ofrecida á la caridad.

Flora se detuvo delante la tímida planta, inscribiendo su nombre en el libro de oro de la vida de las flores.

IV.

Pasaron algunas lunas.

Ortiga cuidada, protegida, y amada de Sensitiva, se había convertido en planta bella, vigorosa y llena de vida.

Rectos y fuertes tallos; grandes y desarrolladas hojas de un verde esmeralda, y grupos de menudas flores nacaradas, le daban un aspecto de frescura y belleza encantador; pero á través de aquella belleza se descubría en ella un aire altanero, atrevido y dominante.

Su aspecto no desdecía de sus instintos. Era vanidosa, iracunda, y en su corazón no se anidaba otro sentimiento que la envidia.

Sensitiva, que la amaba como á una hermana, mas que á una hermana, tanto como á sí misma, al ver que despreciaba sus tiernos consejos, sufría en silencio.

Hubiera querido ver á su protegida, tímida, candorosa y de instintos generosos para que fuese feliz y amada de sus compañeras. Hubiera querido verla corresponder al cariño que con tanto afán y sinceridad le había prodigado desde el momento en que triste y abandonada semilla, próxima á morir, fue á implorar su protección.

V.

El sol se había escondido en el lejano horizonte y la noche envuelta en su oscuro manto, había avanzado tranquila y silenciosa.

Solo se dejaba oír como una canción vaga y misteriosa, el susurro de las auras al besar las verdes hojas de los árboles y los suspiros de la brisa, al acariciar las flores.

Sensitiva, inclinando sus tiernos tallos hacia la tierra, parecía murmurar una plegaria.

Girasol la contemplaba en silencio. —¿Qué tienes? la dijo de pronto; hace días que te veo pensativa y triste, y miro correr por tus pétalos dulces lágrimas.

—No sé, respondió Sensitiva; pero un triste presentimiento me acosa sin cesar.... me se figura que á mi existencia amaga una gran desgracia.

—¿Qué puedes temer tú, exclamó Girasol; buena amante, amada de todos y respetada de todos, tú que eres la admiración y encanto de la floresta!

—Sufro además, dijo Sensitiva; porque hubiese querido ver á Ortiga cariñosa para mí y amada de las compañeras; y paga con ingratitud mis favores, y con desvío y helada indiferencia los servicios que se le prodigan.... y.... sufro porque el corazón me dice que tu amor me faltará cuando sea mas necesario á mi existencia y....

—No prosigas, interrumpió Girasol; desecha vanos temores, mi amor por tí será eterno.... te lo juro.

—¡Ay, exclamó la amante y tierna florecilla; también se lo juraba aquel canoro Ruiseñor á Violeta; lo mismo lo juró Céforo á Azucena, y el uno mintió, el otro dejó indiferente morir de amor á la flor; también le juró mil veces aquella dorada Mariposa amor eterno á la Camelia, pero falsa y traidora pidió cariño á otras flores.... yo tal vez tenga que morir igualmente marchitándome, olvidada como mis pobres hermanas!

—No, no, Sensitiva, eres mas necesaria á mi vida, que el sol, el aire y las aguas del arroyo que bañan nuestras plantas.

Sensitiva suspiró.

Los verdes tallos de Ortiga se inclinaban en aquel momento hacia su bienhechora, implorando una caricia, pero mas bien para interrumpir el coloquio de las dos flores ó poder oír sus palabras.

Sensitiva la acogió cariñosa dándole un tierno beso.

—¡Cuán buena sois, la dijo Ortiga, y cuánto merecéis que se os ame!

—¡Ay! replicó tristemente Sensitiva, pero como es condición de las flores el no corresponder al amor que nos profesan, tú no pagas cual merecía ser pagado mi sincero afecto.... no me amas.

—No amaros yo! exclamó Ortiga; ¿qué decís?... cómo no adoraros, vos que habeis sido para mí una madre, que me amparasteis, que mas tarde cubristeis mis tiernos y delicados tallos con vuestras ramas, para librarme de los ardores del sol, vos que me bañasteis en fresco rocío y os doblabais sobre mí para protegerme del huracán.... Ah, os amo y respeto.... las aves, las auras y las flores, dan el ejemplo, y yo.... os admiro y adoro.

En aquel momento una blanca y vaporosa nube veló la luna.

Sensitiva no pudo ver la expresión de desden, sarcasmo y desprecio de Ortiga al pronunciar las últimas palabras. Los sentimientos de su ingrato y traidor corazón se reflejaban en su fisonomía á despecho de lo que quería aparentar.

VI.

Ortiga hacia gala de su esbellez y ostentación de sus hechizos. Su vigor y lozanía acrecentaba su vanidad. Dominando con sus formas á las pequeñas y tímidas plantas, les robaba el ambiente, el sol y el rocío; y las mas veces la tierna y delicada Sensitiva era víctima del mismo desden y desprecio.

Tenia las proporciones de Girasol, al que hacia algun tiempo procuraba cautivar con sus tiernos halagos.

Girasol por su parte, víctima de los engaños y cariñosas veleidades de Ortiga, cada día se aumentaba su ardorosa pasión por esta flor, y aunque la disimulaba escondiéndola en lo mas recóndito del corazón, procuraba en las frescas noches en que el viento mecía sus tallos, confundirlos descuidadamente con los de aquella planta, dejando de vez en

cuando depositado en su corola algun beso que fingía no sentir Ortiga.

Esta no amaba á Girasol, deseaba su amor por vanidad, por amor propio, y porque los malos instintos de su corazón le inducían á robar á Sensitiva el objeto de su cariño.

Aborrecía todo lo que era mas bello que ella, odiaba á cuanto no podía dominar, y las flores que ostentaban mas variados matices ó perfumes mas intensos, eran objeto de su sarcasmo y desprecio.

La bondad de Sensitiva, á pesar de lo mucho que la hacia padecer, irritaba á Ortiga. El cariño que á aquella planta la prodigaban las demás compañeras, hacia que su corazón fuese presa del despecho y remorosa envidia.

—Ah; decía hablando consigo misma; no, no quiero que me amen, deseo que me teman.

VII.

Así pasaron algunos días.

La noche había cubierto la tierra con su negro manto.

Las frescas brisas embalsamaban el ambiente.

La órbita celeste aparecía deslumbrante tachonada de brillantes estrellas.

Las flores inclinaban sus corolas durmiendo en tranquila y dulce felicidad.

Los pájaros reposaban en sus lechos de pluma.

Todo respiraba deliciosa calma.

Sensitiva no dormía.

Presa de ese dulce sopor que asemeja al sueño, pero que nos deja sentir lo que en nuestro alrededor pasa, vagaban por su mente mil visiones tristes.

Entre el susurro del viento creyó oír hablar en voz baja.

En efecto, eran Girasol y Ortiga.

Sensitiva inclinó la cabeza, finjó dormir y escuchó.

—Con cuánto afán esperaba este momento, Ortiga mía, decía Girasol; al fin puedo decirte lo que te amo, al fin puedo sin testigos dar rienda suelta á los sentimientos de mi alma. ¿No es verdad que tú deseas como yo, que lleguen estas horas?

—Lo deseo; á pesar de que no debiera desearlo. Tú no me amas como dices: contestó Ortiga.

—¿Y puedes dudarlo? exclamó Girasol.

—Sí. Tu amor por Sensitiva no se ha extinguido aun á pesar de tus continuas protestas, replicó con desden Ortiga. Le prodigas mil ternezas y distinciones, y á cada momento me veo pospuesta á ella.

—Ya sabes que su bondad y confianza nos obligan á expresar un amor que no sentimos; y sabes que por quien vivo, por quien respiro, es por tí.... y que daría mil veces la vida por una de tus miradas ó uno de esos suspiros perfumados que embargan mi existencia. ¿Cuándo llegará el momento de mi completa felicidad?

—Cuando sea yo sola amada por tí, le contestó la pérfida planta; quiero que concluya tu fingimiento, quiero que mañana, en presencia de las flores, las auras y las aves, proclames tu amor por mí y tu desprecio á Sensitiva.

—¿Qué no haría por tu amor? replicó con vehemencia Girasol; yo que te amo con toda la fuerza de mi alma y la intensidad de un amor sin fin. Mañana, mi placer, mi felicidad y mi orgullo será el que las auras, las aves y las flores sepan que te adoro. Mi vida es tuya.

—Pues bien, dijo Ortiga, tuya la mía....

Y Sensitiva vió con un dolor profundo, con una agonía inmensa que los tallos de las dos flores se entrelazaban, se unían sus corolas, y sintió el ruido de un ardoroso beso.

Vió en un instante muertas todas sus esperanzas, engañada traidoramente en su amistad y cariño, vendida en su amor.

Miró hair todas sus ilusiones, cual huye una bandada de palomas al aparecer el milano. Plegó sus hojas, miró al cielo y cayó desvanecida.

VIII.

Empezaba á despuntar el día.

Las aves cantaban tristemente, y sus trinos asemejaban al quejido de un niño.

Lloraban por Sensitiva.

Las aguas murmuraban los dolores de la flor y el susurro de las hojas de los árboles era parecido á una melancólica elegía.

Flora, vaporosa y aérea, anunciaba á las flores la venida del sol.

La ligera planta de la Diosa se detuvo delante de Sensitiva y mirando tristemente á la flor.

—Ah, exclamó.... ved lo que es el mundo; lo mismo entre los hombres que entre las

flores, el bueno, el débil sufre y es víctima de la maldad del que tiene mal corazón y sentimientos péfidos y rastreros, pero para la virtud hay el premio, y la espiación para el vicio.... para vosotros llegó el castigo; castigo eterno....

Tú, Girasol, que fuiste variable y péfido, que mentiste amor á Sensitiva, la que inocente y crédula te entregó su corazón lleno de pureza y candor y la engañaste cruelmente, no podrás ya jamás volver la vista á otra flor, á pesar tuyo tendrás que mirar al sol, el que te abrasará y será imposible amar planta alguna.

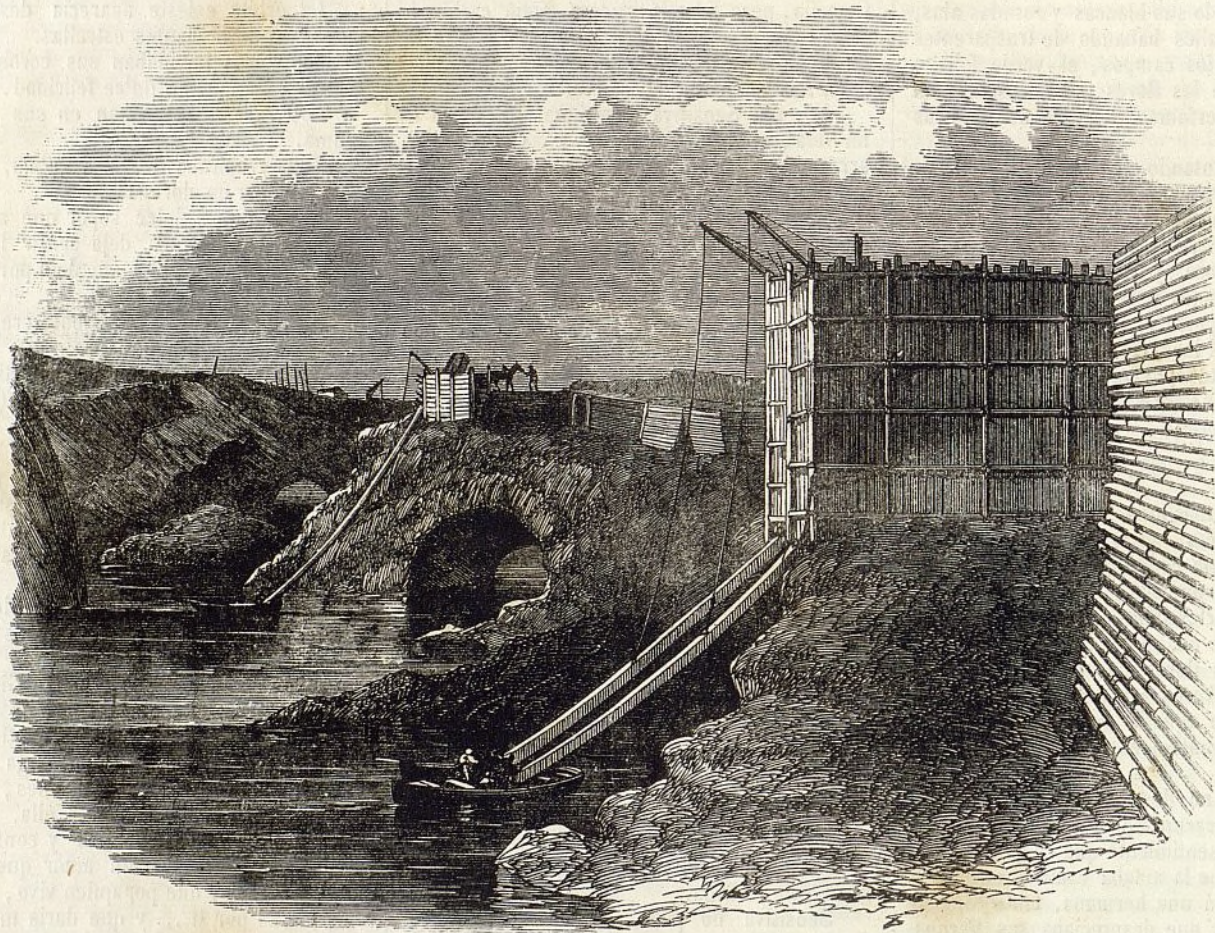
Tú, Ortiga, que infeliz y abandonada encontraste amparo y protección, y después fuiste traidora á la que fue tu segunda madre, tú que eres la imagen de la crueldad é ingratitud, vivirás desde hoy odiada y aborrecida, porque tratarás cruelmente al que quiera dedicarte la menor caricia ó quiera engalanarse

con tus flores, te verás desterrada de los campos y jardines, porque allí donde te reproduzcas te se arrancará y arrojará con desprecio y horror.

Y tú, mi pobre y desgraciada Sensitiva, tierna y bella planta, ten constancia, no desmayes, vive y sigue como hasta aquí la senda de la virtud. Tú serás el adorno de los pensiles, te cuidarán niñas bellas y candorosas, que te contarán sus amores en tanto que el ruiseñor en la enramada te dedicará sus amorosas endechas; pero acuérdate de la hora en que Girasol te dedicaba sus suspiros y el aura murmuraba amores.

IX.

El sol estaba á la mitad de su carrera. Sus ardientes rayos, cayendo á plomo sobre la floresta, marchitaban la corola de una flor que anhelante, y á pesar suyo iba siguiendo el



MANGUETAS Y DEPÓSITOS PARA EL EMBARQUE DEL GUANO.

(De una fotografía.)

curso del astro, sin poder apartar de él nunca la vista. Era Girasol.

Arrancada y cuasi seca sobre una roca se encontraba una planta, la que se lamentaba y suspiraba tristemente sin que las aves, las auras, ni las flores escuchasen sus quejas ni se apiadasen de sus lamentos. Era Ortiga.

Al hundirse el sol en Occidente, cuando las frescas y juguetonas brisas vagan de flor en flor robándolas sus perfumes y el céfiro las dedica su amorosa caricia, una planta negaba sus aromas y suspiros á las auras, plegando sus hojas ruborosa y asustada, huyendo del amor, de las brisas, del céfiro y las aves. Era Sensitiva.

VICTORINA FERRER Y SALDAÑA.

MANGUETAS Y DEPÓSITOS

PARA EL EMBARQUE DEL GUANO.

El embarque del guano se efectúa en las islas de Chíncha desde los wagones establecidos en el punto productor á los depósitos, y de estos á los barcos por las manguetas, que son una especie de fajas de algodón muy ordinario, unidas por la parte superior á un conducto colocado en la parte inferior del recipiente, donde se vierte el contenido de los carretones. También hay otro aparato con este mismo objeto, que se llama mole, y cuya diferencia consiste en que en vez de mangas ó fajas de tela, tiene tablas, circunstancia que hoy día las hace preferibles por no desperdiciarse tanto guano al hacer la carga de los buques.

CIUDAD DE MELBOURNE,

CAPITAL DE VICTORIA,

colonia inglesa en la Australia.

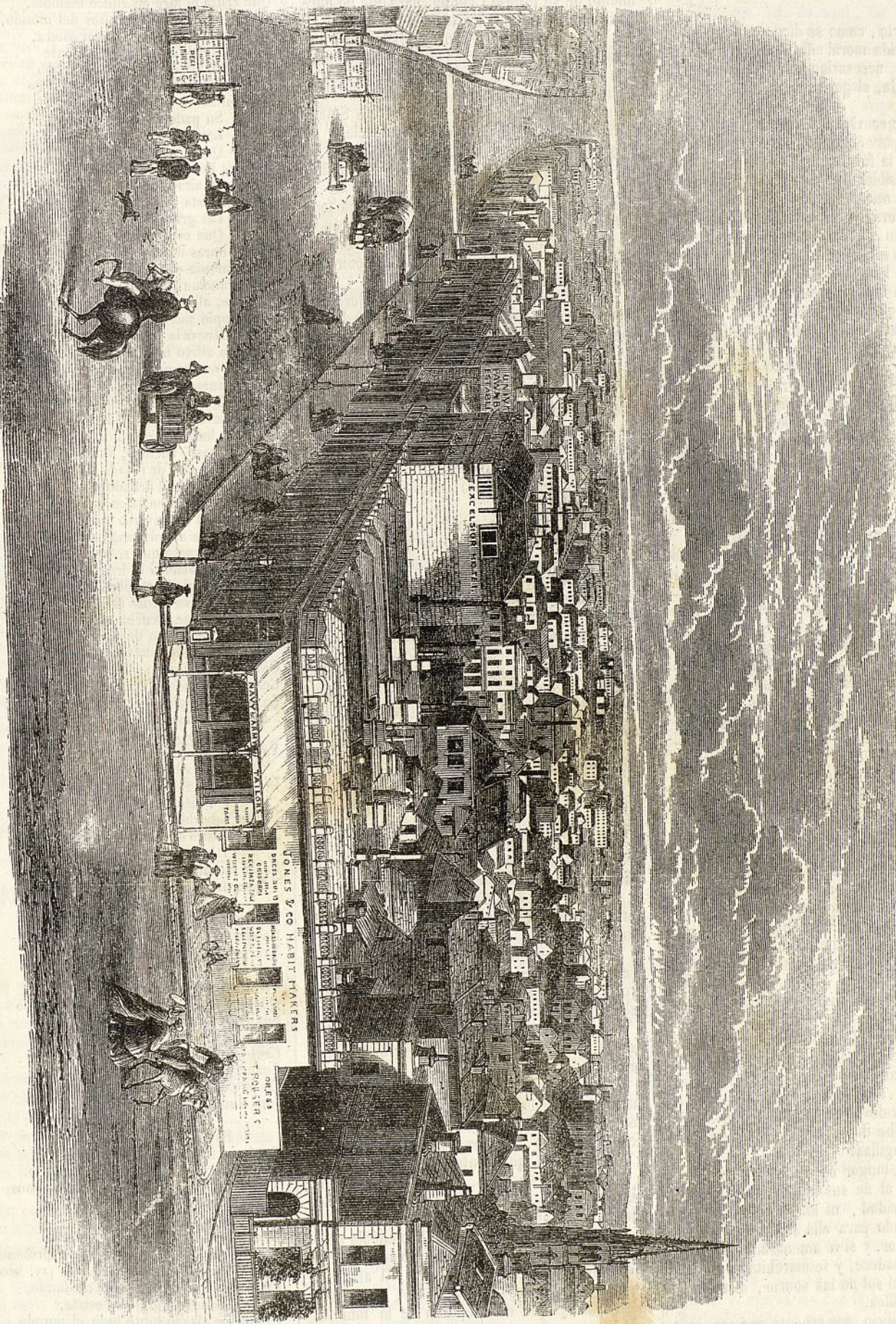
El prodigioso desarrollo de la colonización inglesa en la vasta isla conocida con el nombre de Nueva-Holanda por los navegantes del siglo pasado, y á la que los geógrafos modernos han dado el nombre de Australia, es una prueba admirable de la actividad inglesa, del inmenso poder creador de la raza anglo-sajona. La Australia, país poblado por unas cuantas hordas salvajes, principió á colonizarse por los ingleses en 1836, y cuenta ya con provincias mayores que naciones europeas, y que se hallan perfectamente organizadas, con capitales como la ciudad de Melbourne, de la que damos una idea con el grabado que publicamos en este número.

Melbourne, capital del distrito llamado Victoria en honor de la actual Soberana británica, es la ciudad mas populosa de la Australia. En 1841 contaba 2,000 habitantes, y

hoy dia ascienden á 123,000. La ciudad comprende un espacio de seis millas cuadradas. Las calles son rectas, anchísimas y se cortan en ángulos rectos; pero los edificios no tienen

esa uniformidad monótona de algunas ciudades modernas.

La vista que damos es la de la calle de Bourke (*Bourke-street*), que es una de las



CIUDAD DE MELBOURNE, CAPITAL DE VICTORIA,
colonia inglesa en la Australia.

mas importantes. Los edificios son muy desiguales en proporciones y estilo. La torre que se ve á la derecha del grabado es la de uno de los muchos templos, de diferentes sectas, que existen en la poblacion.

Melbourne cuenta con universidad, museo

de bellas artes y biblioteca pública, con mas de 30,000 volúmenes. El territorio que depende de esta ciudad es casi tan estenso como Inglaterra y Escocia. La poblacion europea asciende á 540,000 habitantes, de los cuales dos terceras partes viven en tiendas de cam-

paña en el campo, pues el clima de la isla lo consiente. Las minas de oro son uno de los principales recursos de la colonia. Se calculó que hasta 1860 habian producido las minas 26 millones de onzas de oro.

LA MADRE.

La Madre es el don de mas
precio que el cielo puede otorgarnos.

Severo Catalina.

Si es cierto, como se dice, que el amor constituye la vida moral de la muger, la maternidad será necesariamente el centro de esta misma vida, el goce completo de sus encantos.

Que la muger vive del corazón, es ya un axioma; que por él ejerce igual imperio que el hombre por la fuerza, nadie lo pone en duda; que la sensibilidad es su patrimonio como el poder es el nuestro, todos lo afirman; sin embargo, su corazón no se abre del todo, su sensibilidad, su cariño, no se despliegan con toda su mágica influencia, hasta que puede estrechar en sus brazos al hijo de sus entrañas.

La hija, la amante, la esposa, podrá merecer nuestra alabanza, podrá excitar nuestra admiración, pero la sublimidad la hallaremos no mas en la madre.

La ternura, flor de la gloria que, según Fernán Caballero, solo debiera existir en la eternidad, halla no obstante digna morada en el corazón de la que tiene hijos.

El cariño maternal es mas vehemente que los otros cariños, es una locura, un frenesí.

Una madre renuncia á todos los placeres, arrostra todos los peligros por su hijo; la mas bella de las virtudes, dice M.^{me} de Staël, el sacrificio, es su alegría y su destino.

En la naturaleza, como lo ha consignado un escritor italiano, no se encuentra un amor mas tierno y mas enérgico á la vez, mas sólido y mas afectuoso, mas contrariado y mas constante, mas inquieto y mas generoso que el de una madre. Cuantas mas inquietudes tiene por sus hijos, tanto mas los ama; cuantos mas dolores y trabajos le cuestan, tanto mas afecto les profesa; cuánto mas defectuosos son, tanta mas compasión le inspiran.

La maternidad es el sacerdocio de la muger; su ministerio es la paz, la dulzura y el amor; la madre, como el sacerdote, es objeto de la veneración, del cariño y la obediencia de los hombres.

El sacerdote une el género humano y trasmite las creencias á los pueblos y á las generaciones; la madre une al padre y al hijo, y trasmite á su descendencia las virtudes y los dulces vínculos de la familia.

Veis esa muger pálida y pensativa, es la madre que sigue con la imaginación al hijo de sus entrañas, que sufre en sus pesares, que goza en su alegría, y que en premio de sus desvelos solo quiere una sonrisa infantil ó un juego inocente.

Y si la muerte le roba su hijo querido, esa muger padece en la tierra un infierno de penas; su corazón baja á la tumba con aquel que amaba tan tiernamente; el recuerdo no se aparta jamás de su memoria, ni en el silencio de la noche dejan las lágrimas de humedecer sus mejillas.

Cuando una muger es madre, ya no tiene mas cariño que el de sus hijos, ni mas ambición que su felicidad, ni mas gloria que sus caricias. El mundo para ella se encierra en el objeto de su amor, y si vé amenazada su existencia, gime y padece, y se marchita como las flores, cuando el sol no las sonríe, cuando el rocío no las vivifica.

No hay sacrificio, por cruento que sea, que el cariño maternal no imponga, así como tampoco hay crimen que no pueda sugerir.

La madre de los Macabeos vé morir á sus hijos, y les exhorta á que perseveren en su fe; sin embargo, cada golpe que los verdugos descargan sobre ellos se siente en su alma, y desgarran su corazón, pero ella sabe que el cielo está mas allá del martirio, y sufre su

muerte porque obtengan la recompensa eterna, la felicidad sin fin.

Agripina no perdona medio alguno hasta ver el cetro imperial de Roma en manos de su hijo Nerón; y cuando lo consigne en perjuicio de Británico, sella su crimen con el envenenamiento de su esposo Claudio, para que no pueda arrepentirse de tan extraña adopción.

Una esposa infiel, una hija ingrata, una amada perjura, las vemos todos los días: pero una madre que no ame á sus hijos no la vemos nunca; si existe, es un aborto de la naturaleza, un trasunto del reino de Satán.

El amor maternal impone toda clase de privaciones, modera los deseos, trastorna las costumbres, muda los caracteres: el orgullo, la idea y la esperanza de la muger, es su hijo. Desde que se llama madre, se ha tendido un velo sobre su pasado, la indiferencia hiela su presente y solo el porvenir la halaga, sin que ella aspire para sí á ese porvenir que forjan sus ilusiones.

La madre solo piensa en lo venidero; la esperanza es esencialmente la virtud de las madres.

Y cuando en pago de su cariño la muger vé en su hijo un corazón desagradecido y vil, llora, oculta sus defectos, y acrecienta su amor á medida que él aumenta su ingratitud.

Gemir y esperar es el consuelo de las que tienen á sus hijos extraviados.

Y si el llanto no desahoga su pecho, ni la esperanza les sonriera, morirían oprimidas por el pesar.

La ingratitud, en sentir de Cicerón, es un crimen aborrecible. El que es ingrato con un particular, tiene sobre su cabeza el estigma de la reprobación, pero el que lo es con su madre, merece que la tierra se avergüence de alimentarlo.

Todo amor natural cede generalmente en determinadas circunstancias; el amor maternal es siempre el mismo, tan constante como tierno, tan abnegado como activo y enérgico.

Por eso el Hombre-Dios, al consumir sobre el Calvario la obra de nuestra redención, no pudo en su omnipotencia hacernos mayor gracia que la de llamarnos hijos de su Madre.

Porque el nombre de madre resuena dulcemente en nuestro corazón, y hace brotar de nuestros ojos lágrimas de inefable dicha.

Porque el beso de una madre es el premio de nuestros trabajos, el descanso de nuestras fatigas, el alivio de nuestras penas.

Porque su llanto ablanda nuestro corazón, enmudece nuestros labios, desgarran nuestra alma.

Porque, en fin, ella imprimió el primer ósculo en nuestra frente, nos alimentó con su propia sustancia, veló sobre nuestra cuna, arrulló nuestro sueño, bebió nuestros suspiros, y al contemplarnos en su regazo, era mas feliz que en la posesión de todos los bienes terrenales.

¡Ah! bendito, sí, bendito el nombre de madre, que solo puede inspirar sentimientos de ternura, de fe y de nobleza, que es augurio de felicidad, que es emanación del cielo!

¡Dichoso el que contempla en el mundo á la autora de sus días, que le comunica sus pesares, que atiende sus consejos, que es el báculo de su ancianidad!

¡Dichoso asimismo, el que habiéndola perdido conserva su sagrada memoria como el objeto mas caro de su corazón! El alma de su madre será su ángel custodio, atravesará los espacios que nos separan de lo infinito, guiará sus pasos por la senda del deber, lo llevará á la bienaventuranza....

La mayor felicidad del hombre es cerrar los ojos á la vida entre los brazos de su madre; el mayor consuelo es que su madre, al cerrarlos, le dirija la postrer mirada.

«La madre, es el don de mas precio que el cielo puede otorgarnos.»

ENRIQUE DE VILLARROYA.

EL POETA.

Á D. Antonio Fernandez Grilo.

¿Oís? Esa armonía

Que inunda el corazón de sentimiento,
Que cruza el aire en dulce melodía,
Que resuena en los ámbitos del mundo,
Que corre ufana por la azul esfera,
Que gira del Oriente al Occidente
Imponiendo silencio en su carrera,
Que estático dejando á todo el orbe
Adormirse en fantástica quimera

Su padecer absorbe
Lanzándolo al profundo,
Que brinda dulce calma

A todos los sensibles corazones
Rasgando airada la tiniebla oscura
De la funesta realidad que inquieta
Las gratas ilusiones

Que crea nuestra alma

En las horas de amor y de ternura...

Esa armonía celestial y pura

Es la canción del inmortal poeta.

Vedle, allí viene, sale por la puerta

Del templo sacrosanto de la gloria,

Mueve la planta incierta

Con ella altivo hollando los abrojos

Que encuentra en su camino;

Fuego lanzando sus chispeantes ojos

En donde el génio brilla,

La frente eleva como Sér divino

Sobre la humanidad que ante él se humilla.

Abrid paso, silencio, ved cual sube

En blancas alas de rosada nube,

Recorre el firmamento

Y pára el vuelo en la escarpada roca.

Por escabel al universo mudo

Y por corona el sol; rasga su mano

La niebla espesa que sobre él ondula

Y solo ante Jehová la frente inclina.

Es su poder gigante, sobrehumano,

Que arde en su mente inspiración divina.

Ya se escucha su acento

Que gira á impulso de celeste aliento

En música suave.

Idle evocar desde su áureo trono

Con voz sublime y armoniosa y grave

La sombra augusta y colosal de un hombre

Cuyo inmortal renombre

Por los siglos se estiende

Venciendo la injusticia y el encono.

Es Colon: silencioso asciende y lento

Del mármol dó yacia entre aureolas,

Y estático le escucha

Cantar soberbio la soberbia lucha

Del proceloso mar que se enfurece

Y las revueltas olas

En la muralla con furor se estrellan,

Y á su mugir la playa se estremece.

Colon le oye gozoso,

Ora cante el bramar tempestuoso

De el huracan rugiente que se agita

Y arrebata en terrible torbellino

Cuanto halla en su camino;

Ora apostrofe al águila altanera

Que se eleva hasta Dios en vuelo ráudo

Sus plantas besa y á su oculta cuna

Dirije audáz la marcha; ora doliente

Cante recuerdos de su edad primera

Cuando á los tibios rayos de la luna

En la cruz y el sepulcro amor eterno

Juró á su amada en su delirio tierno.

Alzado sobre el mundo,

Hace olvidar sus males

Y misera flaqueza á los mortales

Al hollar con su pié su lodo inundo.

Vé de la altura humildes los humanos

Admirarle postrados y les grita:

«Levantad, mis hermanos,

«Con amor paga el corazón que late

«Dentro del pecho, vuestro amor profundo

«Y la honra que me haceis, pero ¡ay! abate

«Mi espíritu sensible, y me confundo,

«Y tal pasión mi gratitud escita,

«Al verme alzado sobre todo el mundo.»

La humanidad responde:

«Al que del génio asciende

«A la elevada roca dó se esconde

«El estro que te inspira

«Y el premio allí de su vigilia alcanza,

«Nosotros no le alzamos, él ha sido

«El que en su marcha impávida ha ascendido

«Al compás de sus cantos y su lira.»

Calla; y en vuelo rápido un arcángel

Que abandonando la región etérea,

Al genio, que los ojos
Fija espantado en su carrera aérea,
Se dirige, y postrándose de hinojos
Le dice en dulce acento
Que sonoro se esparce por el viento:
«Al mundo ingrato que en rencor se enciende,
»Que te hace guerra y contra ti conspira,
»No le temas; apréstate al combate,
»Lidia con fé, valor y confianza,
»Hasta vencerlo y humillarlo solo;
»Ya tuya la victoria
»Tu nombre en carro de celeste gloria
»Recorrerá de un polo al otro polo.»
Dice: las alas bate,
A la mansion de paz y venturanza
Dirige el vuelo, y desaparece en nube
De fuego chispeante y encendido
Que hasta perderse sube;
Un rayo de esperanza
En el pecho dejando del poeta.
Silencio universal reina un momento,
Después se oye un ruido,
El crujir del mármoleo pavimento
De tumbas olvidadas al abrirse.
Melendez es aquel, aquel Quintana,
Que del eterno sueño, á sonreirse
De gozo despertaron,
Y al ver la prepotencia
Del que al són juvenil de su arpa de oro
Al siglo grande de saber y ciencia
Un cántico sonoro
Entonaba ante el vuelo de las artes
Noble adelanto de la raza humana,
Y al mar con su confuso movimiento;
Con espanto uno á otro se miraron,
Y luego ambos á dos al cielo alzaron
Los ojos, de placer y sentimiento.
.....
Salve, poeta gigante, genio ardiente,
Escelso hijo de la patria mia,
Muestra erguida la frente
Ostentando el laurel de la poesía
A la faz de los cielos y la tierra.
Yo misero cantor, que no merezco
A tí llegar, perdona, si profano
Hoy, aunque el lábio sello y enmudezco
En tu presencia, el pabellon oscuro
Del silencio elocuente
Audáz descorre mi atrevida mano;
Es por rendirte en mi ansiedad ferviente,
Tributo del amor sencillo y puro
Que abriga el pecho de tu humilde hermano.

BALTASAR MARTINEZ DURÁN.

Madrid Enero 1865.

FELICIDAD DOMESTICA.

(Continuacion.)

A los gritos que dán los contendientes,
sale á lo alto de la escalera la señora Isabel,
que es la muger de Pepe Berrinche.
—Tío Geromo, pregunta asustada, ¿qué es
eso?
—¡Que voy á matar á esta bruja borracha!..
—¿Pero por qué, hombre?
—Porque me está quitando la honra....
—¿Qué honra ni qué calabaza! ¡Suéltela
Vd., y no sea Vd. bruto!
El tío Geromo suelta á la vieja, tira el
hacha y se va á la calle echando sapos y cu-
lebras por aquella boca contra la tia Gaceta y
contra su ama.
—Tia Gaceta, suba Vd. y no haga caso de
ese vinagre.
—Hija, algun ángel te ha hecho salir, que
si no, me mata esa fiera. Pobrecita de mí que
como me ven vieja y necesitada, todos me ti-
ran al degüello.
Y la tia Gaceta se echa á llorar.
—Vamos, no llore Vd., que no todos la tra-
tan á Vd. mal. Entre Vd. y beberá un poco
de agua y vinagre para que se serene...
—Dios te lo pagará hija.... Mira, no te mo-
lestes en hacer mezclas. Dame una pintita de
vino ó aguardiente si lo tienes á mano.

—¡Eh, mal haya el aguardientazo, que no
sé cómo no tiene Vd. abrasadas las entrañas
con él!

—¡Ay hija, bien se conoce que no lo bebes!
¡Si supieras tú el excelente refresco que es!...

—¡No tiene Vd. mal refresco...!

—¿Pues qué, no has visto echar unas gotas
de aguardiente en el agua para refrescar?

—Sí que lo he visto.

—¡Pues si el aguardiente agnado refresca,
calcula tú lo que refrescará puro!

—Será lo que Vd. quiera, tia Gaceta, pero
le aseguro á Vd. que si me hubiera tocado un
marido aficionado al aguardiente, no sé lo que
haría... En casa lo tenemos siempre por si se
ofrece para un remedio; pero solo con olerlo
me dan náuseas, y eso que es del mejor.

A la tia Gaceta se le encandilan los ojos
al oír este elogio del aguardiente que se gas-
ta en casa de Pepe Berrinche.

—Pues hija, tú aborreces á los que huelen
á aguardiente, pero á tu marido no le sucede
lo mismo...

—¿Y por qué dice Vd. eso?

—Porque lo acabo de ver.

—Caramba, espílese Vd. de una vez y
déjese de misterios...

—Muger, ten paciencia, que desde que te
casaste parece que te se ha pegado el mal gé-
nio de los Berrinches. Sácame eso á ver si
se me despegua un poco la lengua del paladar
y luego hablaremos.

Isabel trae una botella de aguardiente y
echa una copa á la tia Gaceta, que la desocu-
pa con delicia, exclamando:

—¡Bendito sea el Señor, qué pecado mor-
tal cometeis los que habláis mal de esta gra-
cia de Dios!

—Pero vamos, ¿por qué dice Vd. que mi
Pepe no aborrece á los que huelen á aguar-
diente?

—Porque le gusta arrimarse á la aguar-
dientera.

—¿A la Celedonia?

—Sí, á la buena moza de la plaza.

A Isabel se le desencajan las facciones y se
le encienden de cólera las mejillas.

—Vamos, tia Gaceta, déjese Vd. de embus-
tes y no turbe la paz de los que viven como
Dios manda.

—Hija, perdona, que no me acordaba de
que eras celosilla...

—Yo no soy celosa, que soy una muger que
tiene fe en la honradéz y el cariño de su es-
poso! replica Isabel con altivez.

—Pues nada, hija, no hablemos mas del
asunto. Haces perfectamente en no querer
averiguar las vidas y milagros de tu marido.
Yo que he vivido mucho sé mucho de estas
cosas y creo firmemente que cuando los hom-
bres salen como el tuyo alegrillos de cascos y
aficionados á las hijas de Eva, lo mejor es
cerrar los ojos y salga el sol por Antequera...

—Tia Gaceta, exclama Isabel casi llorando
de rabia, váyase Vd., váyase Vd. de aquí...

—Bien, hija, ahora me iré, pero échame
otra pintita, que me ha destroncado ese pica-
ro de tío Geromo.

—Tome Vd. y váyase Vd. de aquí mas pron-
to que la vista...

Isabel, desatentada, echa otra copa de
aguardiente, derramando sobre la mesa dos ó
tres.

La tia Gaceta desocupa la copa y se po-
ne á sorber el aguardiente que cuele de la
mesa, exclamando:

—¡Válgame el Señor, qué lástima ver la
gracia de Dios por el suelo!

—¡Tío Geromo! grita Pepe en el portal.
¿Dónde anda el tío Geromo, que tiene aquí
tirada el hacha y la leña por partir?

Nadie le contesta.

La tia Gaceta toma escalera abajo así que
siente á Pepe; pero se encuentra con éste al
pié de la escalera.

—Ya le he dicho á Vd., tia bruja, que no

tiene que subir las escaleras de mi casa. Aquí
no queremos cuentos ni chismes.

—Bueno, bueno, no te sofoques, cascarras-
bias, que no volveré á subir. He subido hoy
porque tu muger, que tiene mejores entrañas
que vosotros los Berrinches, me ha mandado
subir...

—Lárguese Vd. de aquí, tia Gaceta, que
Vd. es muy amiga de sacar la lengua á pa-
seo, y si se me atufan las narices voy á olvi-
dar que es Vd. una pobre vieja...

—Sí, ya sé que las viejas no somos santas
de tu devocion. Pues hijo, vieja ha de ser si
no se muere antes la buena moza de la plaza..

—¿Qué es lo que va Vd. ahí rezando, so
bruja?

—Nada, nada, hijo, que no me gusta abrir
los ojos á nadie, porque lo mismo reza con
los hombres que con las mugeres aquella co-
pla que dice:

El que quiera en este mundo

Tener paz con su muger,

Aunque vea muchas cosas

Ha de hacer que no las ve.

Pepe sube la escalera diciendo para su
chaqueta, pues es de advertir que Pepe gas-
taba chaqueta en verano y zamarra en las de-
más estaciones:

—Apuesto doble contra sencillo á que tene-
mos pelea de resultas de la visita de esa bru-
ja encismadora; pero voy á hacer de tripas
corazon, haber si una vez siquiera en mi vida
oigo como quien oye llover los improperios
de mi mujer.

Rosa, una chica como su nombre, que
sirve en casa de Pepe, canta que se las pela
andando de aquí para allí en sus faenas.

Como Pepe no ve á su muger, pregunta
por ella á Rosa y ésta le dice que acaba de
oirla cerrar la puerta vidriera de uno de los
gabinetes de la sala.

—¡Adios! dice para sí Pepe, tormenta tene-
mos! y se dirige á la sala y va á entrar en el
gabinete; pero la puerta-vidriera del gabi-
nete tiene echado el pasadorcito con que se
sujeta por dentro el picaporte para que no se
pueda levantar desde fuera.

—¡Isabel, abre!

Isabel ni abre ni responde.

—¿Si le habrá dado algo? dice para sí Pepe,
y procura ver por un costado de la cortinilla
interior si Isabel está en el gabinete.

—En efecto, Isabel está tumbada en un si-
llon y con la frente apoyada sobre el brazo.

Pepe agota el vocabulario del cariño y la
persuasion para hacer abrir y hablar á su mu-
ger; pero su muger ni habla ni abre.

La sangre de su padre el tío Juan Berrin-
che, el hombre mas irascible de que hay me-
moría en Coveña y sus contornos y en el que
tuvo origen el mote que lleva la familia, cor-
re por sus venas y dice á voces aquí estoy yo;
pero Pepe que ha tomado la firme resolución
de imitar al vecino de enfrente, dá un papiro-
tazo á su sangre y la hace callar.

A través de la puerta vidriera empiezan á
oírse sollozos. Pepe los considera truenos pre-
cursores de un diluvio de improperios, y re-
dobla sus esfuerzos para conjurar la tormen-
ta; pero la tormenta estalla de repente mas
fuerte que nunca.

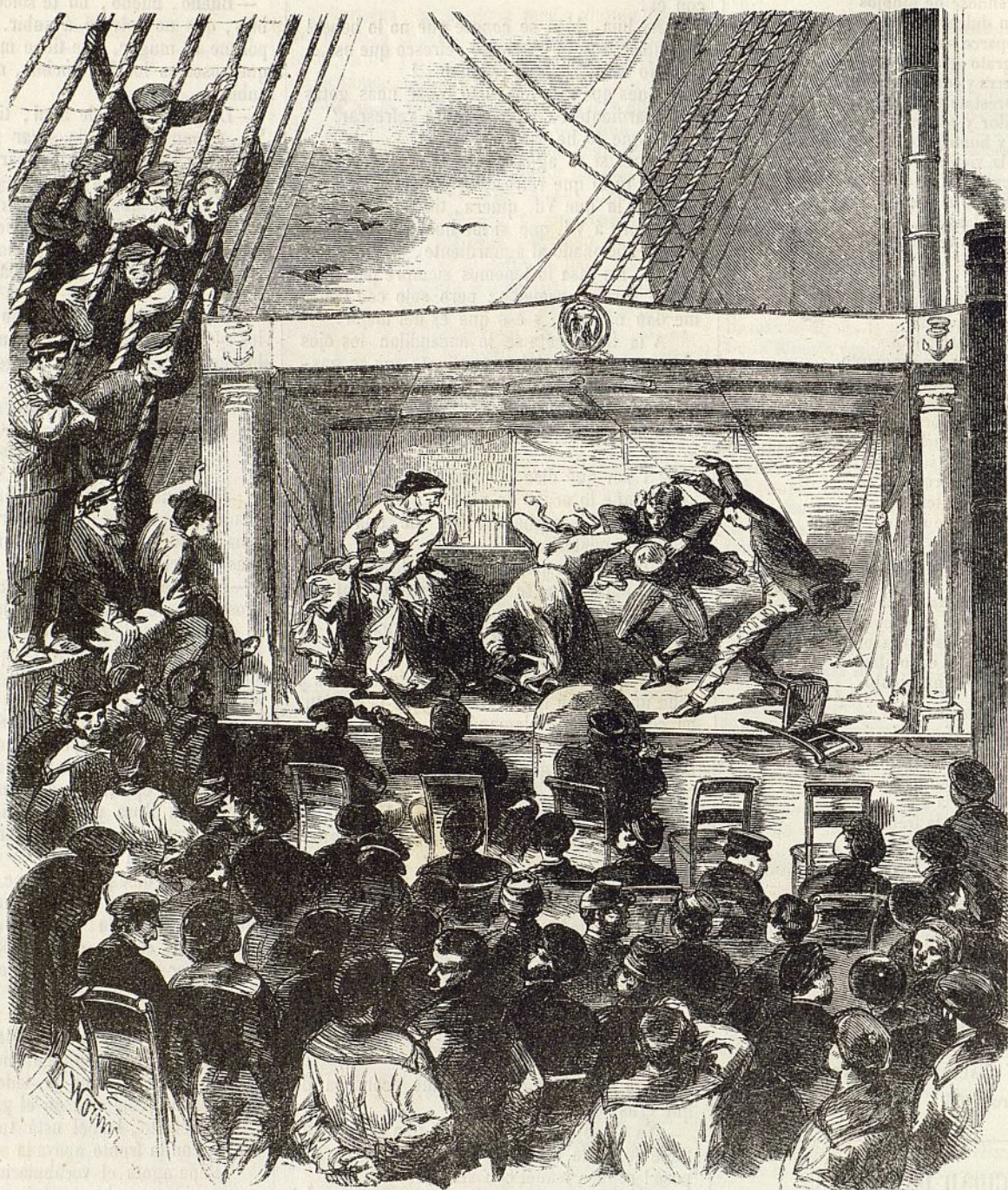
Isabel se levanta con los ojos llorosos y
centelleantes y el rostro desencajado y todo
su cuerpo agitado por una convulsion nervio-
sa, y abre la puerta vidriera exclamando:

—Hipócrita, infame, déjame en paz y vete
á gastar conversacion con la bribona que te ha
entretenido toda la mañana.

—¿Pero muger, estás loca? dice Pepe esfor-
zándose por conservar la calma habitual en el
vecino de enfrente, á quien se ha propuesto
imitar. Si he pasado la mañana...

—¡Demasiado sé dónde la has pasado,
grandísimo pícaro!... Pobre de mí, en qué
hombre puse yo mi cariño!

E Isabel llora sin consuelo.



TEATRO Á BORDO.

—Pero muger, óyeme y luego me condenarás si lo merezco.

—Lo que tú mereces es un presidio!

A Pepe le faltan ya fuerzas para contener los botes y rebotes que dá en sus venas la sangre de los Berrinches.

—Isabel, que se me acaba ya la paciencia!... grita meneando la cabeza y soltando un tremendo taco y dando una terrible patada en el suelo.

—¡Mátame, mátame si quieres, que mas vale que me mates de un golpe que no poco á poco! replica Isabel presentándose delante de él del modo mas provocativo.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

TEATRO Á BORDO.

Es costumbre admitida en los buques de gran porte, y especialmente en aquellos destinados á grandes travesías, improvisar un teatro con las lonas y velas sobrantes, entreteniéndose los pasajeros agradablemente durante el viaje.

Los marineros son los actores, y por lo regular se improvisan los bailes mas caprichosos y que causan la hilaridad de los espectadores.

En muchas ocasiones, y cuando entre los viajeros se encuentran algunos artistas, los marineros adornan la escena con pabellones formados por las banderas, ponen el mejor alumbrado, y una comision de ellos pasa á ofrecerles el teatro á los que han de dar la funcion.

Esta entrevista les vale alguna propina, y á la hora marcada dá principio la funcion, á la que asisten todos los pasajeros y tripulacion.

La animacion que reina es indescriptible, y por lo regular termina may entrada la noche, sirviéndose despues por el capitan un elegante buffet, en honor de los artistas.

El que hoy reproducimos, existe todavia en uno de los buques ingleses, y lleva por título *Teatro imperial de las locuras marinas*.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO

EL MUSEO LITERARIO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR con los suscritores y corresponsales.

D. R. R. A., Pamplona.—Remitida la suscripcion desde 1.º de Enero, las láminas y el libro.

El Porvenir, Granada.—Remitidos los números que reclama, 2, 3, 4 y 5.

D. V. V., Segovia.—Servida la suscripcion desde 1.º de Enero, remitidos los números que le faltaban.

D. J. C. B., Lisboa.—Servida la suscripcion que pide D. C. Durán, de Madrid.

D. J. R., Santander.—Se anuncia la compra de colecciones, en el momento se le remitirá la que pide.

D. A. E., Valladolid.—Sirvase V. remitir el importe de la coleccion y trimestre.

D. F. C., Cádiz.—Se remite la fotografia del cuadro del Sr. de Casado.

D. J. S., Cáceres.—Servida la suscripcion.

D. J. M., Guadalajara.—Sirvase V. remitir el importe del trimestre.

D. V. C., Zorita.—No hay giro para ese punto, sirvase V. remitir el importe.

D. M. F., Cuevas del Valle.—Id. id. id.

D. L. L. V., Camuñes.—Id. id. id.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3